

UNA sociedad fundamentalmente inusta, la nuestra, lo es doblemente en relación con sus ancianos. Esa mujer de 80 años recientemente fallecida en un sotabanco de La Coruña, mordida por las ratas, constituye un ejemplo límite de una desesperada soledad.

Hoy nuestros sentimientos humanitarios parecen moverse exclusivamente en torno a la infancia o a la atractiva juventud.

Tengo el honor de haber iniciado ya hace años —y no sólo en Galicia sino también en España— una campaña en favor de las guarderías infantiles, como ayuda de las jóvenes madres trabajadoras.

Pero esta campaña en sí misma estaba de antemano llamada a ser popular: «Os nenos, anxeliños, que non pasen fame, que non teñan frío, hai que axudar a nais traballadoras, hai que fazer escolas e xardíns de infancia, e darlle merienda aos rapaces etc., etc.

PUNTO DE VISTA

Magnífico sin duda. La educación del niño constituye una inversión segura para la sociedad. Pero esto no quiere decir que debamos ser injustos con una clase doblemente descalificada, la de los ancianos.

Para los viejos todo sobra, todo es demasiado. Los trabajadores, los funcionarios, los maestros y ahora hasta los guardias piden en colectivo las mejoras que obviamente necesitan para, en esta sociedad inflacionista, seguir viviendo. Las reivindicaciones se plantean hablando fuerte, y a la vez que se pide se promete rendir menos.

No podemos criticarlos pero ¿Quién se preocupa de hablar en nombre de los jubilados? ¿Qué huelga pueden plantear estos infelices?

Y son los jubilados quienes sufren de un modo más cruel el impacto de la inflación.

Recuerdo a mis lectores que una pareja de capones en la feria de Arzúa estas navidades llegó a alcanzar el precio de 9.000 pesetas.

Sin duda se trataba de una pareja «Alpha», pero los capones digamos corrientes se han vendido a 5.000 pesetas par. Salgan ustedes a la calle con tres billetes ver-

des y cuénteme después lo que han comprado.

Sin embargo, subiendo la pensión de los ancianos desvalidos de 1.500 pesetas mensuales a 3.000 nuestra sociedad se lava, como Pilatos, las manos. Aquí tiene su pensión hermano y que Dios le ayude.

Sin duda hay algo fundamentalmente injusto en una sociedad donde los desvalidos lo son tanto y donde un piso en el madrileño Rosales cuesta 21 millones de pesetas o se vende por 40 un chalet con refugio atómico.

No sé si no nos podríamos meter todos en ese refugio no para salvarnos de la desintegración atómica sino para esconder nuestra vergüenza.

Muy poco se recuerda a los ancianos.

Aquí se está viviendo bajo falsos supuestos, nuestra sociedad parece encomendar el cuidado de la ancianidad a la familia cuando esta, azotada por la aceleración histórica, se desintegra. Ayer me hacía ilusiones a cuenta de que el anciano de las 3.000 pesetas aún puede defenderse mejor en el campo, pero tal vez se trate de un espejismo.

En una tierra herida por la emigración nadie hay más solo que el anciano campesino, feliz cuando aún tiene los nietos a su cuidado, pero abrumado también por su responsabilidad que va unida a la de la tierra e «o gando».

Por lo que se refiere a la ciudad, esa muerte de la anciana mendiga mordida por las ratas constituye un ejemplo límite. Pero en verdad no hay asilos o residencias suficientes. Conseguir el ingreso de un par de ancianas en una de las nuevas y magníficas residencias de Madrid equivale a poner una pica en Flandes. Yo lo he conseguido una vez y como toda acción recta suele traer consigo tales bienes tengo a dos buenísimas ancianas, Cándida y Juliana, que me encomiendan diariamente en sus oraciones, un hecho que me produce una sensación de tranquilidad pues sigo creyendo en la virtud de la oración —aunque yo misma rece poco. Pero es totalmente imposible que pueda meter a ningún otro anciano en ninguna otra residencia, sencillamente no hay plazas.

Por cada uno que fallece hay

cientos y miles pidiendo su cuarto. Esto nos demuestra cuan desvalida está la ancianidad en España.

Desintegrándose paulatinamente la familia los viejos se van quedando atrás como naufragos vagando por playas sin destino. Su jubilación va mermando con la pérdida del valor de la peseta, su voz se pierde como la de un barco en la niebla. Si tienen casa no tienen, en general, medios para calentarse y peor que la falta de fuego es la falta de afecto y amor.

La ciencia prolonga la vida del hombre que, en teoría, podría llegar a centenario. ¿Para qué decirme? ¿Y cuándo comienza la ancianidad?

Usted y yo nos creemos todavía jóvenes o casi jóvenes. Pero vaya usted a pedir un empleo después de los cuarenta años. Vaya usted y oír lo que le contestan. Para mí hay algo equivocado y fatal en una sociedad que cataloga como «viejas» a personas que están en lo mejor de su vida. De verdad que no me gusta este mundo que nos está fabricando.

Mi corazón será siempre confuciano. Estimo y reverencio al que ha vivido porque creo que la vida es la gran maestra y que es difícil llegar a una edad avanzada sin estar dotado de ciertas virtudes, contándose muy en primer término la del interés o curiosidad. Pero la reverencia hacia la experiencia vivida dicen que ya la rechazan hasta los propios chinos, aunque yo ya me estoy haciendo a la idea de que la revolución cultural ha sido más aparente que real, y un análisis de los últimos acontecimientos viene a sugerirme que liberados de radicalismos, renacen las olvidadas virtudes de la China eterna que se distinguía como ustedes saben por la íntima trabazón afectiva de la familia y por la reverencia y amor a los ancianos.

ANCIANIDAD, SOLEDAD

Por VICTORIA ARMESTO

GALLEGUISMO

Con el preciso título de «Demasiado galleguismo», la revista «Gaceta Ilustrada» recoge una carta que un lector, Puig Fernández es su nombre inolvidable, le dirige quejándose de que la revista dedicara varias páginas al tema del Himno Gallego, cuestión que el inefable señor Puig califica entre «fruslerías y gallegadas» que debieran relegarse a los periódicos regionales, porque «tales gallegadas sólo pueden interesarles a los Fraga de turno».

El señor Puig Fernández, que vive en el ombligo del mundo, no recata su desdén hacia una periferia que a veces osa perturbar la transcendencia centralista y chamberilera con sus fruslerías lamentables, atrevimiento por el que, con la humildad que nos caracteriza, pedimos perdón ante quien, evidentemente, cree que Africa empieza en la glorieta de Antón Martín.

APARCAMIENTOS

El año comienza con polémica municipal: los famosos aparcamientos subterráneos.

«¿Y usted qué opina?», me pregunta un lector.

Y me apresuro a contestar, divorciándome de la gramática: «En según...»

Porque la cosa pueden resultar bien, resultar regular o resultar mal.

Tras tan profundo pensamiento, me explico.

Y lo hago aludiendo a los antecedentes. Esos justifican la oposición: Si lo dudan, acuérdense de las celulosas. Los antecedentes en Galicia fueron como para alarmar a cualquiera. Pero no todas las celulosas son así, aunque podrían serlo y de ahí la legítima prevención.

Los aparcamientos subterráneos pueden ser no una solución, pero sí un alivio. Pero si nos sirven y nos escarmentan los antecedentes, pongamos una condición. Que no se parezcan en nada a los que ya existen en La Coruña.

Que se parezcan, por ejemplo, a algunos que hay en Madrid, como el de la Plaza Mayor, que no ha afectado en modo alguno a su fisonomía externa; que no parece que lo haya. Y ahí al lado, en Santiago, tenemos un antecedente favorable.

Modificar los Cantones, modificar María Pita con una posibilidad de nuevo «bunker», es algo absolutamente inadmisible. Algo ciertamente temible. Pero un aparcamiento en los Cantones o en María Pita puede ser una buena cosa, si se hace bien.

En cualquier caso, la decisión municipal de construir tales aparcamientos puede acaso resultar precipitada en función de su repercusión pública. Es decir, pienso que este Ayuntamiento, cuya gestión se ofrece tan provisional, acaso debiera relegar tal acuerdo a una próxima corporación que pueda actuar con un mayor respaldo de los coruñeses todos.



por Luis Caparros

TELEDIARIOS

Hubo un tiempo en el que los telediarios daban noticias, aunque fueran noticias tan sin importancia o entidad como podía ser los juegos florales de Eliche o el aumento en el consumo nacional de lechugas.

Ahora los telediarios no llegan ni a eso y uno está esperando las noticias de la «tele» y la «tele» lo que hace es dedicar su principal espacio informativo a contarnos cómo es la «Camps» por dentro, cuántos camiones cisternas tiene, cuántos kilómetros de oleoductos y se acabó.

A veces, de tarde en tarde, nos hablan de los muertos de Argentina, de los muertos del Ulster o de los muertos de Beirut —eso sí, siempre sonriendo para todo—, pero lo más normal es que nos cuente cómo se cultiva el mejillón o cómo se cura la diabetes, pero poco más.

Informativamente hablando, la «tele» tiende a la inocuidad más inocua.

CAFE-CAFE-CAFE

—Camarero, un café, por favor.

—¿Café-café o café solamente?

—Hombre, por una peseta más, café-café.

Este diálogo pertenece al pasado. Ahora habrá que decir:

—Camarero, un café-café-café.

—Como se nota a la gente opulenta —dirá el otro, socarrón.

El caso es que si el tabaco hace daño, si el café se pone por las nubes, si lo otro, en ciertas circunstancias es pecado, ya me dirán ustedes lo triste que se va a poner esta vida nuestra y los escasos alicientes que nos va a proporcionar el diario acontecer de las cosas. Porque resulta que al día siguiente de que te comunican como una gran cosa una pequeña mejora de eso que ahora se ha dado en llamar «el índice del coste de vida según el I.N.E. más cuatro puntos», enseguida va el tío Paco con la rebaja de anunciarte que una taza de café te va a costar un duro más, otro duro más el periódico nuestro de cada día, otro duro más el aperitivo y así, metidos en la larga semana del duro de más, que no te vengas a hablar de política ni de nada, porque de lo que hay que hablar es de lo duro que se pone todo a cuenta del duro de más que te supone casi el respirar cada medio minuto...

Es posible que en Brasil, que en Puerto Rico, se siga tirando el café a la mar por aquello no de mantener los precios, sino de incrementarlos. Por estas latitudes lo cierto es que ni el consuelo tan modesto del café calentito va a quedar para muchos.

Y entonces, con razón histórica, volverán a llamarnos «cascarilleiros». Y que no falte la cascarilla esa...

Detenido el presunto autor de un incendio en una sala de fiestas en Madrid

MADRID, 3.— El presunto autor del incendio en la sala de fiestas «Barrio Latino» Domingo Moreno Fernández, de 21 años, ha sido detenido.

El incendio fue provocado en la madrugada del pasado día cinco de diciembre y el fuego, que se inició en la puerta del local, rociada con gasolina, causó daños por valor de tres millones de pesetas.

El detenido ha declarado que provocó el fuego por venganza al ser expulsado del local por los camareros.

